

RUEDA, LOPE DE (1505-1565)

COMEDIA LOS ENGAÑOS

PERSONAJES

VERGINIO, *padre de Lelia.*

GUIOMAR, *negra.*

GERARDO, *padre de Clavela.*

FRULA, *mesonero.*

LELIA, *bajo el nombre de Fabio.*

PAJARES, *simple.*

CLAVELA, *dama.*

CRIVELLO, *lacayo.*

FABRICIO, *hijo de Verginio.*

QUINTANA, *ayo de Fabricio.*

LAURO, *caballero.*

MARCELO, *amo de Clavela.*

JULIETA, *criada.*

SALAMANCA, *simple.*

ACTO I

ESCENA I

VERGINIO

GERARDO.

Calle

GERARDO

¿Parécete, Verginio, ser tiempo de darse concisión en aquel concierto que ya otras veces tú y yo hemos comenzado a tener?

VERGINIO

Señor Gerardo, no tengas pensamiento que esté yo con menos congoja que tú podrás tener por no haber dado fin en un negocio que para cada uno de los dos tan deseado tenemos; mas no debes maravillarte, pues sabes que mi ausencia no ha dado lugar a que con más brevedad se efectuase.

GERARDO

Mira, señor Verginio, que si como yo muchas veces he imaginado no te hallares a tiempo ni con dineros para comprar atavíos a tu hija, o para otras cosas que a este efecto conviene, dímelo, que de los que yo tuviere te prestaré de muy buena voluntad.

VERGINIO

Yo te lo agradezco, aunque por agora no faltan, señor.

GERARDO

Créelo en verdad; pero dime de gracia, ¿sabes si tu hija Lelia está en el monesterio?

VERGINIO

Guárdenos Dios, señor: ¿pues adónde había de estar, habiéndola yo dejado por mi propia mano en compañía de otra prima mía, que en el mismo monesterio ha hecho profesión? Mas dime, señor, ¿a qué efecto me lo preguntas?

GERARDO

No creas, señor, que lo pregunto sin causa.

VERGINIO

¿Cómo?

GERARDO

Yo, señor, te lo diré. Has de saber que mediante el tiempo de tu ausencia yo envié disimuladamente a saber de esas señoras monjas si tu hija estaba en el monesterio, lo cual he sabido por cosa muy cierta que no está allá dentro, sino que anda acá fuera.

VERGINIO

Pues ten entendido, señor Gerardo, que si eso han dicho las monjas, no es sino por hacer a mi hija que profesase; porque así las unas como las otras he sabido yo que la han cobrado grandísima afición.

GERARDO

Bien lo creo.

ESCENA II

PAJARES
MARCELO

y dichos

PAJARES

¿Cuál volver? Juro al cielo de Dios allá no vuelva aunque me lo manden y supliquen saludadores a pie y descalzos, y aunque vengan en cueros.

MARCELO

Aguardad, don asno, que yo os haré decir de no, cuando os mandaren la cosa.

PAJARES

¡Asno! ¿Paréoseos bien cuál habéis parado la caña con que la otra hacia la cama? Agora hará la cama con los dedos.

VERGINIO

¿Qué es aquesto, Pajares? ¿Cómo sales así? ¿Qué ropas son esas?

PAJARES

Las basquiñas de la señora Lelia.

VERGINIO

¿Quién te las vistió?

PAJARES

Yo me las vestí.

VERGINIO

¿Para qué?

PAJARES

Estase lavando mi sayo.

VERGINIO

¿Para qué se lava tu sayo?

PAJARES

Embarreme anoche.

VERGINIO

¿Adónde?

PAJARES

En el soterraño.

VERGINIO

¿Cómo?

PAJARES

Caí: hay más son que caí.

MARCELO

Cayó el asno, cayó.

PAJARES

Yo caí, yo: que hombre soy para caer cincuenta veces muy mejor que vos.

VERGINIO

Hora, no hay quien te entienda.

PAJARES

Dizque no hay quien me entienda. Espere vuesa merced, que yo le cogeré a las palabras. ¿Qué está a la entrada de la escalera, junto junto al soterrano, al rincón?

VERGINIO

a, ya te entiendo.

PAJARES

Pues ahí, mal punto, caí; hablando con reverencia, y casi medio de boca.

VERGINIO

Pues cómo decías que te habías embarrado?

PAJARES

Pues dájelo por afeitar el vocabro, que mejor dijera encerado o alquitrado, que no embarrado.

VERGINIO

Más qué bueno estarías para retratar.

PAJARES

Yo le diré a vuesa merced qué tal, que me decían que parecía calabaza en conserva, o milanazo con liga.

VERGINIO

¿Y agora por qué reñíades, decidme, Marcelo?

PAJARES

Porque quería el señor amo con todo su seso que lo fuese yo acompañando de calle en calle hecho marigalleta.

GERARDO

No era razón.

PAJARES

No en verdad, señor desposado.

VERGINIO

ues, amo, ¿dónde queríades ir?

MARCELO

Señor, quería llegarme a Santa Bárbara por aquella moza, y roguele a este asno que pues estaba así, se rebozase y tomase un manto, porque me fuese acompañando y trajese no sé qué baratijas que Lelia tiene en el monesterio; y porque se lo mandé nos ha querido hundir la casa a voces.

PAJARES

¿Yo hundir la casa a voces? Enterísima sé que está. No me hubiédeses vos mas aina hundido las costillas a garrotazos.

VERGINIO

Pues, Pajares, ¿qué más bien querías que venir acompañando a una dama

PAJARES

Ande de ahí. ¿También hace vuesa merced de las suyas como hijo de madre?

VERGINIO

Yo, cómo?

PAJARES

¿Párecele a vuesa merced que si topa por ahí el hombre con alguno del Almendralejo, que irán buenas nuevas a mi padre?

VERGINIO

Por cierto, muy malas.

PAJARES

¿Qué nuevas?

VERGINIO

¿Qué me sé yo de lo que tú te piensas?

PAJARES

Yo le diré que piensa el otro que es el hombre majano o sayalero, y decille ha que ando hecho santera o dama de forja.

GERARDO

Señor Verginio, yo me entro; y en esotro negocio lo dicho dicho, y en lo que toca al dote, a lo concertado me remito.

VERGINIO

Señor, a la mano de Dios: ya ve que no se entiende en otra cosa.

GERARDO Muy bien, señor.

ESCENA III

VERGINIO

MARCELO

PAJARES.

VERGINIO

Marcelo, ya vistes a Gerardo cómo estaba hablando conmigo sobre el casamiento de mi hija Lelia; por eso abrevia en ir por ella porque se efectúe, y daréis de mi parte a esas señoras mías mis besamanos.

MARCELO

Pláceme. ¡Oh desdichada de ti, Lelia! Por Dios, señor, mas estimara verla bajo tierra que no casada con ese diablo, que creo que tiene más años que yo al doble, y agora se quiere casar con una muchacha que la podría tener por biznieta.

VERGINIO

Ya, ya lo veo; mas ¿y qué queréis que haga, pecador de mí? Ya veis en cuánto extremo van hoy día las cosas del mundo, y este negocio viéneme a mí muy a cuenta.

MARCELO

¿Cómo muy a cuenta?

VERGINIO

Yo os lo diré. Está concertado que yo le dé a mi hija Lelia por mujer, dotándomela en mil florines de su propia moneda, con tal condición que si mi hijo parece dentro de cuatro aires, le case con su hija Clavela, dotándola en la misma cantidad.

MARCELO

Bien está, señor; pero yo más querría un rato de contentamiento que cuantos tesoros hay en el mundo; pero yo me voy, que se hace tarde.

VERGINIO

Pues, amo, id y mirad que no vengáis sin ella.

MARCELO

Pierda cuidado.

PAJARES

Pues yo, amo, quédome.

MARCELO

Quédate con mal año que te dé Dios.

PAJARES

Para vos ser bueno, amo, mal habláis.

VERGINIO

Éntrate conmigo, tontazo.

ESCENA IV

MARCELO

LELIA.

MARCELO

¿Habéis mirado el devaneo destes viejos podridos? Que quería reírme, sino que me falta la gana, que es lo mejor. No en balde dicen que muchas veces los viejos se tornan a la edad primera. ¿Mas qué digo? ¿Qué es lo que veo? En verdad que si Lelia no estuviera en el monesterio, jurara que era ésta que aquí viene en hábito de hombre; ¿pero qué digo? Que no es otra por mi fe.

LELIA

¡Oh pecadora de mí, que aun hasta en esto me ha de ser la fortuna contraria! ¿Por qué calle me esconderé, que ya me ha visto el amo de casa de mi padre?

MARCELO

Lelia.

LELIA.

Amo.

MARCELO

¿Que es aquesto, Lelia? ¿Qué hábito es éste? ¿Por ventura es éste el monesterio donde así tu padre como todos pensamos tenerte recogida? Háblame, ¿de qué enmudeces?

LELIA

Señor amo, a quien con mas razón debería yo llamar padre, no os debéis de maravillar al verme en el hábito que me veis, que sabida por vos la ocasión, bien cierta estoy de que no seré culpada de mi atrevimiento.

MARCELO

No me digas tal, que temblándome están las carnes, si el viejo alcanzase a saber esto, por estar como estamos en víspera de darte un marido muy honrado. ¿Por tu vida no me dirás qué locura ha sido aquesta?

LELIA

Señor, como fortuna, amor y mi mala suerte, todos tres se han conformado contra mí...

MARCELO

¿Cómo contra ti?

LELIA

Bien tendréis en la memoria como cuando por nuestros pecados Roma fue saqueada, allí mi padre, juntamente con un hermano mío, la mayor parte de su hacienda dejó perdida, y aunque la pérdida no fue pequeña, la de mi hermanico es la que a mi padre mas sin placer le hace vivir.

MARCELO

Por cierto no parecen sino que fue ayer, y a buena fe que son pasados buenos diez años, y que les podríamos bien echar once.

LELIA

Que dejemos estar los años, que corren como viento, y aun con mas presteza.

MARCELO

Prosigue.

LELIA.

Pues viniéndose mi padre a vivir aquí a Módena, yo por mi mal vi a Lauro, gentilhombre desta ciudad, el cual conversando en la casa de mi padre, de mí se enamoró, y quiso Dios y mi suerte que con la misma moneda le pagase, recibiendo de mí todos aquellos honestos favores que a mí recogimiento son lícitos.

MARCELO

Muy bien sé todo eso.

LELIA

Y por depositarme mi padre en el monesterio con intención de ausentarse, pensando en Roma cobrar algo de su perdida ropa, nunca Lauro de mí tuvo acuerdo, antes he visto que de Clavela, hija de Gerardo, doncella hermosa y rica, excesivamente se ha enamorado.

MARCELO

Hora mira, Lelia, dejemos de traer a la memoria historias pasadas, sino anda acá a mi posada y cambiarás esas ropas, que hágote saber que tu padre ya es vuelto de Roma, y me envió por tí, y no salí a otra cosa de casa, sino a llevarte.

LELIA

Déjame concluir.

MARCELO

Di pues.

LELIA

¡No tuve otro remedio después que mi padre en Santa Bárbara me dejó, sino descubrir a Cándida, la monja tía mía, el grande afán que por la ausencia de Lauro yo pasaba, la cual determinó de enviarle a llamar y trabar pláticas con él, porque a negocios que él tenía con las monjas solía venir.

MARCELO

Di, que bien te entiendo.

LELIA

Acaeció pues un día que de habérsele muerto un paje suyo venía el más afligido hombre del mundo, y decía que si Dios otro tal le deparase que no se trocaría por otro de mayor estado, y en verdad os digo que sin otra consideración inferí salirme del monesterio y serville de paje en el hábito que me veis, en el cual he procurado agradalle con cuanto extremo he podido, y le sirvo todavía.

MARCELO

¡Hay tal cosa en el mundo! ¿Y agora qué piensas hacer?

LELIA

Sola una cosa quiero de vos.

MARCELO

¿Y es?

LELIA

Que entretengáis a mi padre por espacio de algunos días, diciéndole que yo y mi prima y otras monjas hacemos ciertas devociones.

MARCELO

¿Pues qué piensas hacer en ese tiempo?

LELIA

Yo lo diré. Clavela, querida de Lauro, tiene entendido que yo sea hombre y le he parecido bien: yo, viéndola tan aficionada, hele dicho que si a Lauro no pretende olvidar y aborrecer, que no espere de mí tan sola una buena palabra.

MARCELO

Y crees tú que eso lo hará?

LELIA

Todo lo podría rodear fortuna; mas por agora perdóname, que no sé quién viene allá, que a la tarde seré en vuestra posada y hablaremos más largamente.

MARCELO

Pues mira que no dejes de ir: cata que te quedo aguardando.

LELIA

Pierde cuidado, señor, que luego doy la vuelta: a Dios.

ACTO II

ESCENA I

GERARDO

Calle

GERARDO

¡Oh! Válame Dios y cuán averiguada cosa es el hombre que negocios de importancia tiene, no poder reposar, especialmente yo, que después que hablé a Verginio sobre tomar por mujer su hija Lelia, parece que no traigo juicio de hombre, y este Verginio es tan espacioso, que según lo deseo, dudo ver el tiempo llegado. Agora yo me quiero llegar hacia su estancia a dalle otro tiento, como que voy a otra cosa, mas primero es menester advertir a mi hija Clavela que si acaso viniere a demandar de mí, que le digan que en casa de Millán Muñoz el tendero me hallará. Guiomar. ¡Ah! Guiomar. ¿No respondes? ¿Estás sorda?

ESCENA II

GERARDO

GUIOMAR.

GUIOMAR

Ya vo, señor. ¡Jesú! ¡Jesú! Libramela Dios de la diabro.

GERARDO

Decí, ¿téngome de quebrar la cabeza primero que respondáis? ¿Qué hacíades allá dentro, dueña?

GUIOMAR

¿Eso me lo sí, señor, delante de las honras de mi cara? Farta de la haciendas tenemo que facer.

GERARDO

¿Qué haciendas son las vuestras, señora?

GUIOMAR

¡Ay, señor Jesucristo! ¿qué haciendas me lo pides? Primero por las mañanas ¿no barremo la casa? Enapué ¿no ponemo la oya? Enapué ¿no paramo la mesa? Enapué ¿no fregamo la cudeya y la pratos?

GERARDO

Bien.

GUIOMAR

Enapué ¿no me manda señora Clavela que colamo la flor de la cucucena?

GERARDO

De azucena, diablo, que eso pienso que querrás decir.

GUIOMAR

Sin, señor, y de jabín y de monqueta para adobar aquele guante que le tiene comendaros.

GERARDO

¿Pues agora se le ha antojado eso?

GUIOMAR

Anagoras, señor, y dícame señora Clavela: callán, fija Guiomá, aprender ben a colar las flores, que yo te prometos cuando san francas, que te casamo con un mequera de aqueso que adoba la guante.

GERARDO

¿Qué es aqueso de casar? ¿Qué, ya no quieres ser monja?

GUIOMAR

No, señor; que ya tenemo un prima mía contrita na religiona, monja, priora, nabadesa, ayá en mi tierra de Manicongo, muy honradas. Yo, señor, queremos muntipricar a mundos.

GERARDO

Sus, basta que sepamos tu intención, que hablarse ha más despacio sobre ese negocio, y entra allá dentro y llama a mi hija Clavela que se pare a la ventana, que le quiero hablar.

GUIOMAR

Que me placer, señor, sin que me la mandas.

GERARDO

Anda ve.

ESCENA III

GERARDO
GUIOMAR
CLAVELA.

GUIOMAR
Señora, que lecir señor...

CLAVELA
Así, ¿qué es lo que dice?

GUIOMAR
Que vosamored pare ventana, que queremos hablar con eya.

CLAVELA
¿Que me pare a la ventana? Corre, Guiomar, y dile que no puedo, que estoy acabando aquella gorguera de prisa, y que te diga a ti qué es lo que quiere.

GUIOMAR
Anda, señora, dale en diabro aquesan monadiya, turo día trabajar, nome la padre, la fiyo, la santo, amen.

CLAVELA
Aquí a la puerta le hablaré. ¿Para qué me he de encaramar por las ventanas? ¿Qué es lo que mandas, señor?

GERARDO
No cosa ninguna, que si os envié a llamar no fue más sino por no decillo a esa lengua de tordo. Por vida vuestra que si viniere Verginio, padre de Lelia, a demandar por mí, le digáis que en casa de Millán Muñoz el tendero me hallará: no lo echéis en olvido, que es cosa que importa.

CLAVELA
Pierda cuidado.

GERARDO
Si a tu señora se le olvidare, acuérdaselo tú, Guiomar.

GUIOMAR
Que me placer, señor. ¿No dice en casa mal años te rar Dios entero?

GERARDO

Esos sean para ti, perra.

CLAVELA

Déjela, señor, que yo me acordaré dello: vaya en buen hora.

ESCENA IV

CLAVELA

GUIOMAR

CLAVELA

En buena fe, pues la calle está sola y no parece nadie, quiero sentarme aquí a la puerta, pues poco me queda. Hija Guiomar.

GUIOMAR

Como tú la quieres, señora mi álíma la corazón.

CLAVELA

Entra allá por tu vida y tráeme mi almohadilla, y entre tanto que estoy acabando no sé qué, saca tu rueca, porque me estés aquí acompañando.

GUIOMAR

Facémolo como mandar, por ciertos.

CLAVELA

¡Oh vida triste y trabajosa! Ninguna cosa hay en ti que de seguridad pueda tener renombre. ¿Traes, di?

GUIOMAR

Toma, cáatala ahí tu almonadilla, señora,

CLAVELA

Muestra acá, y llámame esa rapaza que me saque aquí un asiento.

GUIOMAR

Chuchuleta, machacha. Señora, no responder, piensa que sa muerta.

ESCENA V

CLAVELA

GUIOMAR

JULIETA.

JULIETA

¡Ay amarga de mí! ¿Y qué diablo me quiere allá fuera la cara de carbón de brezo?

CLAVELA

¡Ah, señora Julieta! ¡Ah, dueña! ¿No salís?

JULIETA

Sí, señora, heme aquí: ¿qué manda?

CLAVELA

¿Qué hacíades allá dentro, picuda?

JULIETA

Sí, picuda: ¿qué había de hacer?

CLAVELA

Sácame aquí un asiento, y dejaos de rezongar.

JULIETA

Sí, por cierto, ¿y todo eso era? ¿Qué, no podía traerlo la cucaracha de sótanos? Sino muy al lado con su señora.

GUIOMAR

Anda, ofrézcode an diablo: trae aquí un par de monadiyas en que sentar siñora.

JULIETA

Pues agradeceldo a quien está delante que en buena te que... quizá...

CLAVELA

Bien. ¿Qué es lo que quizá? Pues si yo arrebató un varapalo, por ventura os pondré quizá en paz.

JULIETA

¿Pues por qué consiente vuesa merced que me deshonre delante della esa cara de espárrago por remojar?

GUIOMAR

Mírame la salamandera. ¿Ha visto qué pantasía tiene, cara de sin gorgüenza?

JULIETA

¿Oíste, mi duelo, para quién han de tener vergüenza? ¿Quién es ella, así la arrastren?

CLAVELA

¿Callaremos? Ea, tengamos la fiesta en paz si os pesa: calla tú, Guiomar.

GUIOMAR

Jesú, Jesú. ¿No mira vosamercé que praguntar quién sa yo? Mira, mira, fija, ya saber Dios y tora lo mundo que sar yo la sabrina na reina Berbasino, cuñados de la marqués de Cucurucú, por an mar y por an tierras.

JULIETA

Sí, sí, no le ronquéis.

CLAVELA

Calla, rapaza. ¿Y reina era tu tía, Guiomar?

GUIOMAR

¡Ay señora! ¿Pensar vosamercé que san yo fija de alguno negra de par ahí? Ansí haya bono siglo álima de doña Bialaga, señora.

CLAVELA

Gentil nombre tenía para dalle buen siglo.

GUIOMAR

Sí, señora, doña Bialaga y amar señora mi madre, y señor mi padre Eliomor; cuenta que quiere lesir don Diegos.

JULIETA

Mira como queréis esos bledos: ¡qué gentiles nombres para un podenco!

GUIOMAR

Por eso primer fijo que me nacer en Portugal le yamar Diguito, como señor su saragüelo.

CLAVELA

Su agüelo dirás.

GUIOMAR

Sí, señora, su sabuelo.

CLAVELA

¿Hijo tienes, Guiomar?

GUIOMAR

¡Ay señora! No me la mientes, que me face lágrima yorar. Téngolo, señora, la India le San Juan de Puntorico, y agora por un mes lagoso me cribió un carta aquella ringlonsito tan fresco como un flor de aquese campo. ¡Ay entraña la mía, fijo mío!

JULIETA

Tan desatinada y tan borracha me venga el bien.

GUIOMAR

¿Quin sa borracha, chuchuleta? ¡Ay mandaria, mandaria! Plégata Dios que mala putería te corra y no veas carralaselendas.

CLAVELA

¡Ay amarga! ¡Qué carnestolendas, y qué mal pronunciadas!

JULIETA

Mal corrimiento venga por ti, amen.

GUIOMAR

Anda, putiñas medrosas: no es mi honras tomáme contigo.

JULIETA

¡Miren qué fantasía! Pues calla, doña negra, que agora ha mandado su alteza que a todos los negros y negras hagan pólvora.

GUIOMAR

Cagajón para el, merda tomá pala vos y a mandamento

CLAVELA

Y déjala, Guiomar, que es una loca: sino dime, ¿qué es lo que tu hijo te envió a decir?

GUIOMAR

Aquella muchacho, aquella mi fijo métemelo a principio de carta diciendo: Lustrísima madre mía Guiomar: la carta que yo te cribo no y para besamano, sino que sa bono, bendito sea Rios, loado sea Rios, amén. ¡Ay! Dios te la preste, fijo de la corazón y de lantrañas.

CLAVEL

A No llores, Guiomar, no llores.

GUIOMAR

No podemos hacer otro, porque tenemos latrógamo turo, turo yeno de fatriqueras.

CLAVELA

Bien está por tu vida, Guiomar, que nos entremos de presto en el aposento; y tú, Julieta, pornás esa almohada do sabes, que he visto a Lauro asomar por el cabo de la calle.

ESCENA VI

LAURO

LELIA.

LAURO

¿Qué te parece, mi Fabio, cuán desgraciados habemos sido? ¿Has visto a qué tiempo tan oportuno veníamos, y cómo mi señora Clavela se escondió con tanta presteza?

LELIA

¿Qué quieres que te diga, señor, sino que harto ciego es el que no ve por tela de cedazo? Averiguadamente ella te aborrece por todo extremo.

LAURO

¡Ay que ya lo veo! Pero dime, mi Fabio (y por aquella obligación te conjuro con que a servirme eres obligado), aquesas veces que a visitarla de mi parte has ido, ¿qué semblante te muestra cuando en mi negocio en hablar os ocupáis?

LELIA

¿Qué quieres, señor, que te diga, sino que ninguna vez de ti le hablo que con alegre rostro me vuelva respuesta? Como si tú, señor, le hubieses hecho las mayores injurias y los mayores agravios que a doncella de su suerte hacerse pudiesen.

LAURO

¿Pues qué remedio?

LELIA

Que cambies el propósito y ames en otro lugar, pues tan mal te paga el amor que muestras teñelle, y el afición tan grande con que la sirves.

LAURO

Cambiar el propósito no puedo.

LELIA

Si no puedes, estáte así.

LAURO

Así lo pienso hacer.

LELIA

Poco ánimo tienes: parece que nunca en tu vida quisiste bien, sino que Clavela fue la primera que tu corazón comenzó a sojuzgar.

LAURO

No, ni Dios tal quiera; antes creo que de haber yo sido ingrato a Lelia, hija de Verginio, romano (la cual a ti te parece en extremo), ha permitido Dios que yo sea pagado con la misma ingratitud.

LELIA

Y dime, señor, ¿esa Lelia que dices es muerta? ¿Cómo dejaste de tener su amor?

LAURO

Muerta no: antes después que su padre la ausentó por hacer cierto camino a Roma, nunca más della he sabido, de la cual Lelia yo recibí en todo aquel tiempo todos los honestos favores que de una generosa y honesta doncella se podían recibir.

LELIA

De esa manera, señor, mal le pagas: parece que debrías procurar por ella y tornar en una amistad tan lícita.

LAURO

No: en ninguna manera.

LELIA

¿Cómo no?

LAURO

Aquese cómo tampoco lo alcanzo, Fabio, antes tengo creído que de haber inferido Clavela mi señora que yo estoy aficionado a Lelia, me desama, lo cual, si ello es así, que de rabia muera. Y por tanto te ruego, mi fiel criado, cuanto puedo (si mi salud deseas) que cuando allá vuelvas le digas que ya no amo a Lelia como solía, antes huigo de acordarme della, ni aún de oírla mentar. ¿Entiendes, mi Fabio? ¡Válame Dios! ¿Qué has habido? ¿Qué desmayo ha sido éste?

LELIA

Déjame, señor, que no es nada, sino que yo suelo ser apasionado del corazón, y tómanme a veces estos desmayos, y si me das licencia ireme a la posada, porque ya casi en los pies no me puedo sostener.

LAURO

Pues, hijo, anda en buen hora, y mira si es menester otro, o que para remedio de tu mal algun medio se busque, que no faltará por diligencia.

LELIA

No te cures, señor, que para los males desta suerte tarde el remedio se halla.

LAURO

Hijo, vete a la posada y descansa.

LELIA

El descanso tarde espero.

LAURO

¿Qué dices?

LELIA

Digo, señor, que el descansar es muy peor para esta mi dolencia.

LAURO

Pues, hijo, ve, y aquello haz con que mejor te hallares y menos para tu salud daño sea.

LELIA

Voy, señor, lleno de desconfianza.

LAURO

Anda, que presto seré contigo después de haber dado algunas vueltas por esta calle donde mi señora Clavela reside.

ESCENA VII

VERGINIO

PAJARES.

PAJARES

Hora, juro al cielo de Dios, nostramo, si yo sé a qué tengo de ir ni a qué efecto vuesa merced me envía. Sé que el otro ni la otra no son ahora tan niños que no sabrán venirse; cuantis más que ya es hora de comer y la misma hambre los ha de acarrear a casa, como a muchachos fuidores.

VERGINIO

Mira, Pajares, déjate desos preámbulos y cúbrete bien esa capa, que gran tardanza es la que hacen, y venirlos has acompañando.

PAJARES

Qué, ¿no está bien cubrida?

VERGINIO

No: acaba ya.

PAJARES

Apártese vuesa merced de mi cobridero, y perdone.

VERGINIO

¿Parécete que está bien cubierta?

PAJARES

Eso vuesa merced lo dirá, que yo no lo veo ni descubro palmo de tierra.

VERGINIO

¡Oh, mal año te dé Dios, que no te has de saber cubrir una capa! Mira, cuando te la mandaren cubrir, así la has de poner.

PAJARES

¿Ansí? Ya, ya está bien cubrida; guarde, ¿qué dice?

VERGINIO

Agora sí, toma este sombrero.

PAJARES

¿Quién lo ha de tomar?

VERGINIO

¡Dizque quien! Tú lo has de tomar.

PAJARES

¡A propósito! ¿Burlase conmigo? Hame liado como a costal de arriero, y toma el sombrero. ¿Con qué mano lo había de tomar? Sé que no tiene maneras ni sacabuches mi capa como balandrán de arcediano.

VERGINIO

Asno, ¿qué por aquí bajo no la sabes sacar?

PAJARES

¿Por dónde?

VERGINIO

Por aquí: duelos te dé Dios.

PAJARES

Dice la verdad; mas pecador de mí y de vuesa merced, y perdone, que los parto por medio, ¿quiere que me ande yo de calle en calle halconeando, dando manotadas como pez que ha caído en el garlito, o como mulo de anoria que dando vueltas no halla paradero cierto?

VERGINIO

Ganosa está la bestia de comparaciones.

PAJARES

Bastian de Pajares me llaman, señor, para cuanto mandare.

VERGINIO

Pues lo que te mando no es sino que vayas al monesterio de Santa Bárbara.

PAJARES

¿Y para qué a Santa Bárbula? ¿Quiere qué diga la santa que voy disfrazado, escudriñándole los rincones de casa?

VERGINIO

Para que hagas venir presto a mi hija Lelia y al amo Marcelo, viendo que es ya hora de comer.

PAJARES

aún deso mal punto estoy corrido, porque a las horas de comer me lanza de casa, como a los mozos de los carniceros la cuaresma.

VERGINIO

¿Pues tanto piensas tardar allá?

PAJARES

¿Pues no tengo de tardar yendo a pie como voy?

VERGINIO

De esa manera razón tiene vuesa merced: entre en casa y ensille un poyo de esos en que vaya caballero.

PAJARES

¿Un poyo?

VERGINIO

¿Dónde vas?

PAJARES

A ensillar un poyo como mandó.

VERGINIO

¿Pues, animal, el poyo se ha de menear?

PAJARES

Pues eso es lo que me cumple, porque nunca salga de la posada.

VERGINIO

¿Sabes tú, inocente, si tengo yo alguna cabalgadura en casa?

PAJARES

¿Quién le demanda una cabalgadura? Cabalgablanda me diese vuesa merced, que cabalgadura ni grado ni gracias.

VERGINIO

¿Qué es cabalgablanda?

PAJARES

Un rollo o rosca do aquello, que han amasado hoy, porque vaya caballero mi estrógamo; y a necesidad, un buen mendrugo de pan en las manos es bueno, por no ir hombre pensando en mal, ni murmurar de nadie.

VERGINIO

¿Cata, cata, que todo eso era la caballería y el retorizar? Al fin no podías parar sino en cosas de comer.

PAJARES

¿No ve vuesa merced que dice el cura de nuestro pueblo, pedid y daros han, y que todos los buenos con pan son duelos?

VERGINIO

Pues yo os prometo, don asno, que si apaño un garrote que yo os haga ir presto.

PAJARES

No me prometa vuesa merced cosa ninguna, que eso de garrote no es cosa que me conviene por agora.

VERGINIO

Primero vernán los otros que este macho se vaya de aquí. Espera, tomaré lo que digo.

PAJARES

¿Qué os parece? Espérele el reloj de Guadalupe. Aguijad, amo Marcelo, pese a la puta de mi cara, que juro a mi pecador, mas esperado habéis sido vos y esotra, que sereno tras ñublado.

ESCENA VIII

PAJARES

MARCELO.

MARCELO

¡Pues qué diablos! ¿Tantos ves que venimos? ¿No ves que vengo solo?

PAJARES

¿Solo viene? Cuantis que por la otra cantaba el cuquillo: *que por vos siquiera no os trajera Dios acá.*

MARCELO

Mas que no te hallara.

PAJARES

Señor amo, nostramo es ido por un garrote.

MARCELO

¿Para qué?

PAJARES

Pienso que para engarrotarme.

MARCELO

¿Por qué?

PAJARES

Porque no os iba a llamar. Por vida vuestra que si trajere garrote y viéredes que me engarrotea, que os metáis en medio.

MARCELO

Que me place.

PAJARES

Ya lo trae: quiérole decir que ya, no es de menester. Señor, he aquí el amo, deje el garrote.

ESCENA IX

VERGINIO

PAJARES

MARCELO.

VERGINIO

¿Es ya venido? Pues tomá vos, porque vais presto cuando os mandare la cosa.

MARCELO

Paso, señor, paso.

PAJARES

Amo, ¿y el concierto?

MARCELO

arto le decía, paso, señor.

PAJARES

Dios le perdone, y a vuesa merced. Estanle diciendo ya no es de menester el garrote, y él no sino sacudir como en costal relleno. Bendito sea Dios.

VERGINIO

Pues, amo, ¿cómo venís sin aquella moza?

MARCELO

Señor, entremos en la posada, que allá daré cuenta de todo como me ha acaecido con aquellas señoras, especialmente con la señora abadesa.

VERGINIO

amos.

ACTO III

ESCENA I

FABRICIO

FRULA.

Calle

FABRICIO

Señor huésped, ya os tengo dicho que si despertare aquel honrado hombre que en mi compañía viene, y por mí os preguntare, que le digáis que soy ido a oír una misa, y a ver otras particularidades deste vuestro pueblo.

FRULA

¿Y a quién queréis que lo diga, señor? ¿Al que parece abad, el que riñó anoche con el mozo sobre el asar de los caracoles?

FABRICIO

A ese mismo.

FRULA

¡Oh cómo es renegado, cuerpo non de Dios conmigo! Pues perdonadme, señor, vuestro padre pensé que era.

FABRICIO

Antes le tengo en lugar de más que padre.

FRULA

¿Sois de aquí?

FABRICIO
Romano soy.

FRULA
¿Habéis estado aquí en Módena otra vez sin ésta?

FABRICIO
En mi vida.

FRULA
Pues catad, señor huésped, que os aviso que vais advertido de la gente de esa tierra, porque es la mas mala que hay en el mundo, en quien hallaréis tantos engaños que os acostumbrarán, y vos sois mozo, no sería mucho engañaros fácilmente.

FABRICIO
Yo lo agradezco; mas decime, señor huésped, ¿cómo es Nuestra gracia?

FRULA
Señor, Frula me llamo, a servicio y mandado de todos los buenos.

FABRICIO
Señor Frula, no me engañarán si yo puedo. Haced lo que os tengo rogado, y quedad con Dios.

FRULA.
Id en buen hora.

ESCENA II

FABRICIO
JULIETA.

FABRICIO
Por esta calle será bien atravesar. ¡Oh qué bonita moza! A mí parece que viene encaminada.

JULIETA
¿Qué es esto? ¿Andas de camino, Fabio? ¿Qué hábito es aqueese? ¿Qué es de tu señor?

FABRICIO
¿Mi señor? ¡Donosa está la pregunta! ¿Si nos vido anoche llegar de camino, y piensa que es mi señor maese Pedro Quintana? No me maravillo que aun el huésped pensó que era mi padre.

JULIETA
¿No respondes?

FABRICIO
Durmiendo queda en el mesón. ¿Por qué lo dices?

JULIETA
¡Mesonero es el tiempo! ¿Cómo andas así medrado? Parece que hate dado tu amo esa capa.

FABRICIO
¿Mi amo? Mi amo es mi buen dinero.

JULIETA
¿Ya mandáis dineros, Fabio?

FABRICIO
¿Otro Fabio? Errado me ha el nombre. ¿Eres tú por ventura moza de Frula mi huésped?
¿De dónde me conoces tú a mí?

JULIETA
¡Ganosico vienes de burlas! Anda ya, ya, mala landre me mate después de muerta. ¡Para mí, que como dicen soy de Córdoba y nací en el potro! Mira que te ha menester mi señora, ven presto.

FABRICIO
Bien me dijo a mí mi huésped, que era diabólica la gente de esta ciudad. Esa debe de ser moza de alguna cortesana, y como me ve extranjero querrá procurar de sacarme algunas blanquillas; mas quiero conceder con ella, aunque no traigo dos reales cabales.

JULIETA
Acabemos. ¿Qué hablas entre dientes, Fabio?

FABRICIO
Otro Fabio. Fabricio querrás decir.

JULIETA
Fabricio o Fabio: así veo que te llama tu amo y mi señora.

FABRICIO
¿Por qué calle iremos?

JULIETA
Por la de oro: como si tú no supieses las calles mejor que yo.

FABRICIO

Sí, mas no me acuerdo ya.

JULIETA

¡Miraldo al desatinadico! Estuviste anoche, y no atinas; pues ven conmigo, que yo te adestraré.

FABRICIO

¿Es lejos?

JULIETA

Es el mal dolor que Dios te dé, amen. ¿Haces del bobo? Sí, sí, tomaldo acuestas, deciros ha mil gracias. Mira, quédate aquí en este cantón, que voy a ver qué hace mi señora, que luego salgo a llamarle.

ESCENA III

FABRICIO

FABRICIO

Mira si lo dije yo, mira si va la señora a ver si está con alguno su ama: porque si tal hay, no faltará un achaque con que me despedir, y sino, ella volverá por hacerme caer con pie derecho; pues mándole yo que harta mala ventura podrá llevar de mí. Quiérome esconder, que gente viene: no quiero que digan que, estoy a puerta semejante aguardando tanda, como quien va al molino a moler.

ESCENA IV

VERGINIO

GERARDO

VERGINIO

¿Qué queréis, señor, que os diga? ¿A quién mas que a mí con más justa razón debe pesar? Pero dejadme topar con ella...

GERARDO

Y dígame, señor Verginio, ¿tenéis por cosa cierta andar vuestra hija en el hábito que decís? ¿Y de quién lo habéis sabido?

VERGINIO

¿De quién? Primeramente lo supe de Marcelo, amo mío, que habiéndole yo enviado al monesterio, dijo que allá no estaba, y también que fui yo en persona a sabello.

ESCENA V

VERGINIO
GERARDO
JULIETA.

JULIETA

¡Jesús! Vista soy de mi señor; volvereme. No, que será peor. Sus, que ya la tengo pensada.

VERGINIO

Vuelve acá, rapaza: ¿pensabas que no te había visto? Di, ¿do dabas la vuelta, hurona?

JULIETA

Señor, envíame mi señora Clavela a llamar uno de estos cajeros, que le quería comprar no sé qué cuentas.

GERARDO

¡Jesú, Jesús, qué mentira tan probada! Cajero dizque iba a llamar, señor Verginio: ¿ha visto atravesar por aquí algún cajero?

VERGINIO

¿Qué, señor? Poco hace al caso, salga a lo que saliere.

JULIETA

En buen hora, señor, tan claro se oyeron aquellas campanillas que ellos suelen traer, que no dijieran sino vesme aquí.

GERARDO

Calla, calla, rapaza. Ven acá, ¿qué hace mi hija Clavela?

JULIETA

Rezando la dejé.

VERGINIO

¡Tal sea mi vida! Cierta terná mejor juicio que no la mía. ¿Pero qué digo? Hela, hela, señor, no hay más que decir: topado ha Sancho con su rocín. Llégate, llégate, hija Lelia, que conocida eres.

ESCENA VI

FABRICIO
y dichos

FABRICIO
¿Lelia? Abrenuncio: donosa gente es ésta.

GERARDO
Sea bien venida la señora; digo, el galán. Por Dios que os está bien ese hábito: si yo fuese que vos, nunca me le quitaría.

VERGINIO
¿Qué es aqueso, hija Lelia? ¿Qué pasos son estos en que andas? ¿Qué devaneo ha sido aqieste? ¿Qué ropa es esa? ¿Por qué no me hablas? Bien sé yo que sabes hablar.

FABRICIO
¿Decís a mí, hombre honrado?

VERGINIO
Donosa es la respuesta! Di, ¿búrlaste conmigo?

FABRICIO
No tengo yo por costumbre burlarme con nadie, especialmente con quien no conozco.

GERARDO
¡Santo Dios, qué poca vergüenza! ¿Que aún fingirá no conocerte? Toma por ahí: tené gana de casaros con semejante.

VERGINIO
Agora, hija Lelia, lo pasado sea pasado, y en lo porvenir haya enmienda.

JULIETA
Cata que es el diablo el buey rabón. Lelia diz que se llama el otro.

GERARDO
¿Qué dices tú, Julieta?

JULIETA
Digo que se engañan en buena fe, señores: mejor conozco yo este mocito que a mis propias manos.

VERGINIO
¿Y tú, de dónde le conoces?

JULIETA
De mil veces que le he visto con su amo.

GERARDO

¿Y cómo se llama?

JULIETA

Fabio, y Lauro su señor.

VERGINIO

¿Lauro? Dejadme topar con él, que yo le enseñaré si es bien hecho traer a mi hija en semejantes tratos.

FABRICIO

Por Dios, no sé qué me diga: esta tierra debe de ser de bárbaros, el uno me toma por extranjero, el otro por mujer, el otro por paje: no hay quien los entienda.

VERGINIO

No murmuréis, hija, sino andad acá conmigo a la posada, y dad al diablo andar en devaneos ni servir a nadie; hasta que sirváis aquí a vuestro marido.

FABRICIO

Por Dios, si no tuviese respeto a las canas honradas, que yo os enseñase a hablar de otra manera. ¿Qué cosa es marido ¿Estáis en vuestro juicio?

GERARDO

Paso, paso, cuerpo de mi linaje, señora, que no lo tenéis tan acabado, que si aquí no nos quieren, acullá nos ruegan, como dicen.

VERGINIO

Calle, señor Gerardo, que de alguna cosa debe traer el seso perdido. ¿Qué le parece que hagamos de ella?

GERARDO

Señor, lo que a mí me parece, que pues mi casa es tan cerca, la arrebatemos y la metamos en mi aposento, y yo haré a mi hija Clavela que se vea con ella: que quizá por ser mujer como ella, la hará venir a lo bueno y le dará cuenta de toda su mudanza.

JULIETA

Mujer es el diablo! No verá mi señora Clavela otros mejores toros, que no salí a otra cosa de casa sino a llamalle.

GERARDO

¿Qué rezas, Julieta?

JULIETA

Digo, señor, que a la mano de Dios, que es muy bien hecho, que también se holgara mi señora por ser mujer como ella.

VERGINIO

Pues alto, señor Gerardo, echalde mano valientemente como yo.

FABRICIO

Estad quedos, hombres honrados, por Dios.

GERARDO

¿Qué cosa es por Dios? Tené bien, señor, que no se nos vaya.

JULIETA

Déjate llevar, asno, que no te van a echar con leones, sino con la más linda dama que en toda Módena se halla.

FABRICIO

Paso, paso, señores; que no pienso deberos nada.

GERARDO

Calla, calla, que allá tienes de ir por fuerza o por grado: ayuda aquí, Julieta.

JULIETA

Eso es de gracia, que a más soy obligada por lo que toca siquiera a mi ama. ¿Coceáis? Callá, que vos saldréis manso y el patrón quejoso, y mi ama contenta, que es lo mejor.

ACTO IV

ESCENA I

VERGINIO

GERARDO

JULIETA.

Calle

VERGINIO

El más contento y satisfecho hombre del mundo salgo de casa de Gerardo, solo por dejar a mi hija Lelia en compañía de la suya.

GERARDO

¿Adónde se puede sufrir un semejante caso y atrevimiento como éste, sino en tierra de Guinea? Yo le castigaré al ribaldo tacaño, según merece. ¿Qué cumple más?

VERGINIO

¡Válame Dios! ¿Qué es aquello?

JULIETA

¡Ay, señor Verginio! Por el amor de Dios, que se vaya presto de aquí.

VERGINIO

¿Cómo, qué ha sucedido?

JULIETA

Ya lo decía yo, pecadora de mí que aquel mancebo era Fabio, criado de Lauro, y ellos que no, sino Lelia.

VERGINIO

¿Qué dices?

JULIETA

Digo que mi señor se está armando con determinación de matar a vuesa merced.

VERGINIO

No hará, hija.

GERARDO

¡Así, que fiándome yo de un hombre de tanta honra, me haya engañado tan malamente!

¡Ah don traidor! ¿Aquí estáis?

JULIETA

¡Ay! Señor, téngase.

GERARDO Déjame, rapaza.

ESCENA II

CRIVELLO

y dichos.

CRIVELLO

Paso, paso, señor Gerardo, tené un poco de respeto, siquiera por quien está en medio.

VERGINIO

Mirá, buen hombre, si algo presumís que os debo, dejadme llegar a la posada, que presto daré la vuelta y os responderé como mandáredes.

GERARDO

Andá, que aquí os aguardo.

CRIVELLO

Que no es menester nada deso, señor Verginio. ¿No sabríamos qué ha sido esto?

VERGINIO

Yo no lo entiendo.

GERARDO

¿Que no lo entendéis?

CRIVELLO

Señor Gerardo, por amor de mí, que me diga lo que hay o sobre qué es la cuestión, que si es cosa que tiene remedio, aquí está Crivello que basta a remediarlo todo.

GERARDO

¿Qué remedio puede haber, pecador de mí, que fiándome yo de este señor, me engañase?

CRIVELLO

¿De qué manera?

GERARDO

De ésta: que a fuerza de brazos me ha hecho poner un mancebo en mi casa que se llama Fabricio.

JULIETA

Que no, sino Fabio, señor.

CRIVELLO

Ya le conozco.

GERARDO

Haciéndome creer que era su hija Lelia.

VERGINIO

Sí que lo es.

GERARDO

¿Aún porrías, mal hombre?

CRIVELLO

Téngase, señor, y mire quién está delante.

GERARDO

Yo fiándome de él creyendo ser ello así, púsele en compañía de mi hija Clavela y le he hallado abrazado y besándose con ella. ¿Paréceos si ha deshonrado mi casa para cuantos días viviere?

VERGINIO

Restituidme mi hija, digo yo, y dejaos de esas fragancias.

GERARDO

Restituidme vos mi honra: no penséis vencerme con palabras.

VERGINIO

Esperadme pues aquí.

ESCENA III

GERARDO

JULIETA

CRIVELO.

CRIVELO

Vuelta, vuelta, señor Verginio. Señor Gerardo, él se va sin duda a armar, quitémonos de aquí.

GERARDO

¿Cuál quitar? Juro a mí pecador, de aquí no me quite hasta verme persona con persona con él: veamos a cuánto llega su lanza.

CRIVELO

Mejor será que se quite de la calle, y no dé qué decir a los vecinos.

JULIETA

Bien dice Crivelo, señor.

GERARDO

Por ese respeto lo quiero hacer.

CRIVELO

Pues, señor, quédese con Dios y éntrese en su casa.

GERARDO

Y vaya con él.

ESCENA IV

FRULA
SALAMANCA

SALAMANCA
¡Pues qué diabros! ¿Tanto madrugaren, que no tuvieron acuerdo de almorzar primero que se huesen, señor huésped?

FRULA
¿Yo no te dije que no sé más de cuanto el mozo salió primero por esa puerta, que el otro como abad fue en su busca?

SALAMANCA
Y dígame, señor mesonero o bodegonero o como es su gracia, por vida de esa cara, cara honrada, ¿sin almorzar se salieron?

FRULA
Tu señor el mozo bebió con una tórtola.

SALAMANCA
¡Pues qué diabros! ¿No había taza en casa, que bebió con una tórtola?

FRULA
¡Cómo! Un pájaro, animal.

SALAMANCA
Y qué ¿animal no es pájaro?

FRULA
No, pues eres tú.

SALAMANCA
Mercedes, señor huésped.

FRULA
Si tú no quieres entenderte. Lo que yo digo es que comió la tórtola y bebió tras de ella, y el abad, viendo que era ido, demandó sopas de la olla, y así se fue.

SALAMANCA
¿Que en sopado va? ¡Ah! ¿búrlase?

FRULA
¿Por qué me tengo de burlar?

SALAMANCA

Yo juro al cielo de Dios, que no fue ese hecho sino de hombres lamineros: eso merece el pobre de Salamanca, por irse a dormir en el pajar y ahorrar de cama.

FRULA

¡Catá! ¿Qué, Salamanca te llamas?

SALAMANCA

Salamanca me llamo, y aun me pesa dello.

FRULA

¿Por qué?

SALAMANCA

Porque en cosas de comer siempre quedo manco.

FRULA

Hora bien, queda en hora buena.

SALAMANCA

Vaya con Dios, señor bodegonero. ¡Oh! Pobre de ti, Salamanca, ¿dónde irás agora sólo y en tierra ajena, y sin almorzar ni quien te convide? Por aquí será bien que atravesese y pida la plaza a do se venden cosas de comer.

ESCENA V

LAURO

CRIVELLO.

LAURO

Cuéntame, Crivello, lo que a contar me empezaste, sin errar sólo un punto.

CRIVELLO

Que yo te lo diré, señor, sin discrepar ni tan solamente una puntada.

LAURO

Pues di.

CRIVELLO

Has de saber, señor, que como tú me enviaste en casa de Clavela a ver a qué efecto ese rapaz se había detenido tanto hallé riñendo a Verginio y a Gerardo.

LAURO

¿Y sobre qué?

CRIVELLO

Sobre que oí decir a Gerardo que había hallado a Fabio abrazado con su hija Clavela.

LAURO

¡Oh traidor! ¿Qué, tal oíste?

CRIVELLO

Dije que lo oí con estas propias orejas, y fue bien oído.

LAURO

¿Que fue bien oído? ¡Tacaño!

CRIVELLO

No te empines, señor, contra mí porque es verdad lo que te digo.

LAURO

Yo te creo.

CRIVELLO

¿Cuál yo te creo? Digo que lo haré bueno al diablo que sea, si es menester, encima de un brocal de un pozo, que cumple palabras.

LAURO

Vamos: si yo no le diere su pago, no me llamen hombre hijodalgo.

CRIVELLO

¿Qué? Yo basto, señor, a cortalle aquellos brazuelos.

LAURO

Crivello, vente conmigo, y envelle, dale de tal suerte que le dejes tendido.

CRIVELLO

Eso haz cuenta que está hecho. Yo me porné desta postura, sino desotra, y capete en tierra. Vamos.

ACTO V

ESCENA I

LELIA

QUINTANA

SALAMANCA.

Calle

LELIA

¿Qué tengo de hacer, pobreta de mí, sino tomar el mejor expediente? Especialmente que Lauro mi señor tiene entendido de Crivelo su lacayo que me han visto abrazada con Clavela. Yo no entiendo quién puede ser éste que en mi forma y hábito haya tenido tal atrevimiento.

SALAMANCA

Señor mase Quintana. ¿Qué digo? Ojo, he allí a Fabricio.

QUINTANA

Ya lo veo.

LELIA

En manos de Marcelo mi amo voy derecho a ponerme.

QUINTANA

Llámale; y sin manteo viene.

SALAMANCA

Habráselo jugado: ¡ah! Señor. ¡Válame Dios! ¿Está sordo?
Lelia, ¿Qué mozo es éste que me ha llamado?

QUINTANA

¿Qué mozo es éste? ¡Ah Fabricio! Vergüenza, vergüenza, ¿que es del manteo?

LELIA

Hombre honrado, ¿conoceisme vos a mí?

QUINTANA

Sí que te conozco.

SALAMANCA

Sí que os conocemos.

LELIA

¿Tú sabes con quién hablas?

SALAMANCA

Bien sé con quién hablo, con Fabricio hablo.

LELIA

¿Cuál Fabricio?

SALAMANCA

Mi amo.

LELIA

¿Yo soy tu amo?

QUINTANA

Déjate de chacotear, Fabricio, y vamos a la posada.

SALAMANCA

Vamos, que es hora de comer.

LELIA

¿Quién te quita la comida?

SALAMANCA

Él me la quita, pues venir no quiere.

LELIA

Yo no tengo para qué.

SALAMANCA

Bien lo creo, pues tiene su tórtola en el buche.

LELIA

Calla, diablo, con tu comida.

SALAMANCA

Bien tenéis vos por qué callar, dómine Faldetas, pues antes de salir de la posada así os engullís las sopas como anadón nuevo los livianos o caracoles.

ESCENA II

LAURO

CRIVELLO

y dichos

LAURO

Cátale, Crivello: dale, muera.

LELIA

Santa María, señora! Sed conmigo.

QUINTANA

Teneos, gentilhombre.

CRIVELLO

Que no hay que tener.

SALAMANCA

A esotro, no a mí. ¡Oh pecador de Salamanca!

LAURO

En casa de Verginio se ha metido.

ESCENA III

MARCELO

QUINTANA

LAURO

SALAMANCA

CRIVELLO.

MARCELO

¿Qué descortesía es esta tan grande, señores, de querer entrar con las espadas tiradas en casa ajena?

LAURO

Dadnos ese rapazuelo de Fabio.

QUINTANA

¿Fabio? Fabricio se llama, señores.

MARCELO

Ni es ése ni esotro, que vivís engañados; pero, señor Lauro, antes que te lo dé, primero te suplico que me oigas un negocio que pocos días ha que aconteció en mi pueblo, maravilloso de oír.

SALAMANCA

Señores, ¿paréceles que vaya por sendas sillas al mesón?

MARCELO

¿Para qué, di?

SALAMANCA Porque según han tomado el comienzo, no es mucho que nos tomen aquí las cumpretas.

QUINTANA
Déjelo, señor.

LAURO
Que me place de lo oír; pero ha de ser con una condición, que entreguéis luego ese rapaz en mi poder.

MARCELO
Yo te lo pondré en tus manos propias, a fe de quien soy.

SALAMANCA
¡Qué gentiles alientos para quien querría estar en la posada, y tener los asadores atravesados por las tripas!

LAURO
Di presto.

MARCELO
Has de saber, señor, que no ha muchos años que un caballero tomó amores con una doncella, la cual le pagaba con el mismo amor. Quiso su desdicha que este caballero se enamoró de otra señora, olvidando la primera: la primera viéndose despreciada de su amante, no sabiendo qué se hacer, acordó de mudar el hábito femenino, y en el de hombre muchos días lo sirvió; pues andando a la desconocida, viéndose todavía aborrecer de este su señor, vino en tanto extremo que estuvo para desesperar, y está hoy en día que plañe y lamenta en secreto, que es la mayor lástima del mundo.

LAURO
Dichoso tal hombre, pues con tan firme amor es amado. ¿Y por qué no se da a conocer de su señor?

MARCELO
Porque tomo del mal suceso.

LAURO
¿Cuál mal suceso? A fe de caballero que si por mí tal acaeciera... ¿Mas qué digo? No soy yo tan dichosa ni tan bienaventurado.

MARCELO
Señor, si por ti tal acaeciera, ¿qué es lo que hicieras tú? ¿No olvidarás otro cualquier amor por mujer tan constante siendo tan hermosa y noble como la otra?

LAURO
¿Cuál olvidar? ¿Y con qué se podría pagar un tan conforme amor?

MARCELO

Pues primero que en nuestra casa entres, ni a Fabio veas, quiero me jures a fe de caballero que es lo que tú hicieras sobre este negocio.

LAURO

Por el juramento que me has tomado te juro que no le podría pagar con otra cosa, sino con tomalla por mujer.

MARCELO

¿Hiciéraslo así?

LAURO

Y no de otra manera.

MARCELO

Pues entra, señor, que por ti propio ha sucedido lo contado.

LAURO

¿Por mí? ¿cómo?

MARCELO

Porque Fabio (a quien tú quieres matar pensando que es hombre) es tu querida primera Lelia, hija de Verginio, romano, la cual se salió del monesterio por servirte en hábitos de hombre; mira si le debes algo y lo eres en grandísima obligación.

LAURO

No me digas más, señor Marcelo, que yo te creo.

CRIVELLO

Y aun por eso, señor, muchas veces cuando se iba a acostar a la cámara de los lacayos, se apartaba acullá lejos en un rincón a desnudar: yo decíale: hermano Fabio, ¿por qué no te vienes a desnudar a la lumbre? Y respondíame él diciendo: hermano Crivello, tengo sarna.
LAURO Sus, entremos allá dentro, que yo le quiero pagar con lo que tengo dicho.

SALAMANCA

Señor mase Quintana, si aquel no es Fabricio, ¿qué esperamos? vámonos *ad comedendum ad posatam*.

QUINTANA

¿Qué dices? ¿Qué algarabía es ésa?

SALAMANCA

¿Algarabía es ésta? Es gramátula, y aun de la más fina de Alcalá de Humares.

QUINTANA Escúchale. Dígame, señor, ¿cómo dijo denantes que se llamaba el padre desa Lelia?

MARCELO
Verginio, romano.

QUINTANA
¿Verginio, romano?

MARCELO
Sí, señor.

QUINTANA
¿Tuvo otro hijo sin ésta?

MARCELO
no, el cual se perdió en el saco de Roma.

QUINTANA
Por hallado se puede tener el día de hoy: que llegando a ver aquí a Módena so amparo y guarda mía, se nos ha desaparecido, y pensando ser éste que se retrajo en vuestra posada, venimos en su seguimiento.

CRIVELO
¿Y es ése el que llamáis Fabricio?

QUINTANA
Sí, señor.

CRIVELO
Ta, ta, que me maten si ese que vos decís no es el que han tomado por Lelia, y está encerrado en casa de Gerardo.

MARCELO
Pues por amor de mí, mientras nosotros nos entramos a efectuar el matrimonio del señor Lauro con Lelia, se vaya aquí con Crivelo.

QUINTANA
¿Dónde, señor?

MARCELO A casa de Gerardo, porque Verginio es ido allá armado con Pajares su mozo a que le restituya a Lelia.

QUINTANA
¡Válame Dios! Iré porque no suceda algún escándalo.

CRIVELO
Vamos, y daremos noticia de lo pasado.

ESCENA IV

QUINTANA
SALAMANCA.

SALAMANCA
¿Y pues? ¿Yo, mase Quintana o quartana, quédome hecho campaleón? ¿Piensa que me he de mantener del aire?

QUINTANA
¡Oh! Toma, cata ahí cuatro reales y dalos a Frula el mesonero en señal que se los debemos, y dile que te dé el portillón de la ropa.

SALAMANCA
¿Y no más?

QUINTANA
Y el pan que sobró del almuerzo, y vente aquí a la posada del señor Verginio.

SALAMANCA
Que me place, y al pan podéis agradecer la vuelta.

ESCENA V

VERGINIO
PAJARES.

VERGINIO
Mira, Pajares.

PAJARES
Miro, señor.

VERGINIO
No te cures de más sino hacer como yo hiciere; veamos si me darán a mi hija por fuerza o por grado, o mal que les pese.

PAJARES
Y dígame, señor, ¿cuántos han de ser los alanceados, si place a la voluntad de Dios?

VERGINIO

Sólo uno es el que me ha ofendido.

PAJARES

¿Uno no más? ¿Y cómo se llama?

VERGINIO

¿De todo te han de dar cuenta? Gerardo se llama. ¿Por qué lo dices?

PAJARES

Porque querríame llegar a la iglesia.

VERGINIO

¿Para qué?

PAJARES

Para hacelle decir una misa de salud.

VERGINIO

Calla, badajo, que no sé quién viene.

PAJARES

Crivelo es el uno, y el otro saludador me parece.

ESCENA VI

CRIVELO

QUINTANA

y dichos

CRIVELO

Guárdele Dios, señor Verginio.

VERGINIO

Seas bienvenido con la compañía.

QUINTANA

Beso sus manos.

PAJARES

Señor Crivelo, ¿parécele en qué andenes y riesgos me han traído mis pecados?

CRIVELO

¿Cómo, Pajares?

PAJARES

¿Cómo me pregunta? ¿No ve qué enlanceado estoy?

CRIVELLO

¿Pues qué hace al caso, di?

PAJARES

¿Quién me hizo a mi mata hombres? Que aun por mis pecados los días pasados mató mi padre un hurón, y en más de quince días no osaba salir de noche al corral do le había muerto.

QUINTANA

¿Por qué?

PAJARES

Porque no me asombrase su álima.

CRIVELLO

Señor Verginio, bien puede vuesa merced enviar este mozo a casa a desarmarse.

PAJARES

¡Ah! Dios te dé salud, amen.

VERGINIO

¿Cuál enviar? ¿Venís vos hecho de concierto con Gerardo? Pues tené por entendido que no lo hará hasta en tanto que me dé mi hija, tan sana y tan buena como se la entregué.

CRIVELLO

Señor Verginio, ¿cómo? ¿cómo os puede dar vuestra hija, no teniéndola?

VERGINIO

¿Dizque no teniéndola? ¿Pues qué cuenta me da de la moza que yo le dejé en su poder?

CRIVELLO

¿Moza? Yo digo que es mozo

QUINTANA

Señor, lo que yo tengo entendido de este negocio es que Lelia está en tu casa, con toda la honra del mundo, y desposada con un gentilhombre que se llama Lauro.

CRIVELLO

Dice verdad, señor: con mi amo.

PAJARES

¿Y sin pedirme perdón, señor?

CRIVELO

¿De qué te había de pedir perdón?

PAJARES De que me hizo ayunar el lunes sin ser ayuno, ni cantallo el martillo de mi bravario.

VERGINIO

¿Qué, mi hija es desposada con Lauro? Dichoso sería yo si tal fuese.

CRIVELO

Que lo puedes bien creer, señor.

VERGINIO

Y pues, el que tanto le semeja, que está en casa de Gerardo, ¿quién ha de ser?

QUINTANA

Tu hijo, señor.

VERGINIO

¿Qué me contáis?

QUINTANA

La verdad sin falta.

VERGINIO

¡Oh providencia divina!

CRIVELO

Señor, en casa de Gerardo me entro, por dalle aviso del regocijo tan sobrado, y ganar las albricias.

VERGINIO

Corre, ve.

PAJARES

Yo a desalancearme.

ESCENA VII

VERGINIO

QUINTANA

VERGINIO

¿Señor, cómo es su gracia?

QUINTANA

Quintana, a su servicio.

VERGINIO

¿De qué tierra?

QUINTANA

De Roma, ayo de su hijo Fabricio.

VERGINIO

¿Fabricio? ¿Y quién le puso ese nombre?

QUINTANA

Señor, tú has de saber que el día de la revuelta que fue saqueada Roma, quiso su buena dicha o ventura que vino en poder tu hijo de un capitán español dicho Fabricio, y por quererlo tanto, me lo dio que le enseñase toda crianza, llamándole de su propio nombre, y al punto que falleció, lo dejó heredero de su hacienda.

VERGINIO

¡Santo Dios!

QUINTANA

Yo, como por tu hijo y mi criado supiese que tenía padre que se llamaba Verginio, y por información de algunos extranjeros que en Módena residían, determiné de encaminarlo a esta ciudad y traerle en tu presencia.

VERGINIO

Digo, señor, que yo estoy por ello a no faltáros en los días de mi vida.

ESCENA VIII

GERARDO

FABRICIO

CLAVELA

CRIVELO

y dichos

CRIVELO

Señor, he aquí do sale el señor Gerardo y tu hijo Fabricio, con su esposa Clavela mano por mano.

GERARDO

¿Qué le parece, señor Verginio, las cosas que son encaminadas por Dios, cómo siempre vienen a parar en buen suceso?

VERGINIO

Así es la verdad, señor Gerardo.

QUINTANA

Fabricio, abraza a tu padre.

FABRICIO

Déme sus manos, señor.

VERGINIO

¡Jesús! y cuán semejante es a Lelia: bendígate Dios, hijo mío, y a tu esposa.

CLAVELA

Y a él dé largos días de vida.

GERARDO

Señor Verginio, pues no ha sido servido Dios que Lelia fuese mi mujer, según aquí Crivelo me ha contado, digo que yo me tengo por muy dichoso y contento que su hijo Fabricio sea mi yerno, y de hoy mas por consuegros y hermanos nos abracemos.

VERGINIO

Que me place, y vamos derecho a mi aposento donde se celebrarán las bodas cumplidamente.

CRIVELLO

Sus, señores si les pareciere alcanzar de la fiesta y confitura que allá dentro está aparejada, alléguese a la posada del señor Verginio, que, a fe de hombre de bien, según el preparatorio, no falten quejosos; y por tanto, perdonen.

FIN